

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

CONTINUACION DE LAS CONFERENCIAS INSERTAS
EN LOS NÚMEROS ANTERIORES.

Lo que constituye el verdadero poder del hombre, no es la fuerza de su cuerpo, es la fuerza de su alma. Bajo este aspecto, las sociedades son como los hombres. Lo que forma su verdadero poder, su seguridad, su conservación, lo que las hace capaces de grandes conquistas y de las mayores resistencias, no es el desenvolvimiento de la fuerza material, es el desarrollo de la fuerza moral; es la virilidad de las almas y la energía de las voluntades unidas para la defensa del orden, de la justicia y de la sociedad.

Cuando en todos los puntos de un gran imperio se encuentran millones de hombres, prontos á levantarse á la primera señal para una defensa legítima ó para una conquista generosa, y á esclamar en esta armonía voluntaria y en ese entusiasmo espontáneo. «*Hémos aquí, hémos aquí prontos á morir por la justicia, por el orden, por el deber, por la felicidad de nuestros hermanos y por la salvación de la patria*» entonces la sociedad es en realidad fuerte, y con el escudo de su propia fuerza se precave de toda lesión, lo mismo en las crisis peligrosas que en

invasiones extranjeras y en guerras civiles.

Pero si mientras que la sociedad muestra en la superficie esplendores que no la defienden, no lleva en el fondo la única fuerza que defiende; si mientras se presenta en el exterior con la actitud de un gigante, guarda en su interior la debilidad de un niño, entonces temed por esa sociedad. Por mas espléndida que os parezca basta para que se conmueva y destruya, uno de esos sacudimientos que el tiempo puede producir á cada uno de sus pasos.

¿Y qué creéis que hace en la sociedad la exageración del desenvolvimiento material? Debilita la energía de las voluntades, la única que hace fuerte á los pueblos; sobrecita mas allá de toda medida la afición al lujo y al bienestar físico, enerva con la fuerza moral el resorte vivo de las sociedades humanas, en una palabra, *debilita* el alma de la sociedad con todos los aumentos inmoderados que crea en su cuerpo.

Entonces se realiza lo que antes hemos dicho, se rompe el equilibrio; y como la salud huye de un hombre, así también huye de la sociedad la fuerza que forma los pueblos. Cargada con una prosperidad material que la compromete mas que la defiende, mal sostenida por apoyos que vacilan y parece se agovian con su peso, la sociedad amenaza también caer agoviada por es mismo peso, porque el exceso del desarrollo material en la socie-

dad, es como la corpulencia en el hombre; no es una fuerza, ni un arma, ni una defensa, es una debilidad, es una carga, es un peligro.

Entonces esas sociedades cubiertas de seda, deslumbradoras con su lujo, brillantes con su oro, aparecen en la hora de los grandes peligros, rebosando una debilidad que asombra. Los pueblos que han exagerado el poder material enervando el poder moral, están amenazados de una caída tanto mas terrible y de una ruina tanto mas grande, cuanto mas fundaban en el progreso material el apoyo de las armas.

Entonces, para defender á la sociedad amenazada, y á las instituciones mas afirmadas, el progreso material se levanta como un gigante; y viendo á las poblaciones agitadas y á las potestades trémulas, dice á todo lo que tiene miedo: «No temas, yo te defenderé. Mira mis recursos, mis armas, mis defensas invencibles; hé aquí mis cañones y mis bayonetas, hé aquí mis fuertes y mis buques, hé aquí mis murallas, murallas de tierra, murallas de hierro, todas las murallas....» Sí, todas; excepto la única capaz de defenderlo todo y de salvarlo todo, la muralla de las almas fuertes y de las voluntades poderosas.

Así es, que cuando la aproximación de las grandes catástrofes ha levantado en todos los aires esos rumores sombríos y esos presentimientos siniestros que las preceden, como los vientos que preceden á la tempestad, cuando las doctrinas y los hombres de ruinas, mejor que los dioses de la fábula, sacuden los fundamentos de las grandes ciudades, entonces ¿qué es lo que sucede en medio de esas sociedades tan orgullosas con su poder? Entonces el espanto se introduce en los corazones, el abatimiento se apodera de las almas, la energía falta á las voluntades, las armas se deslizan de las manos que no puede sostenerlas, todas las murallas levantadas alrededor de la sociedad, caen en una hora por el impulso de un soplo devorador. Entonces el progreso material, como espada en manos de un traidor,

se revuelve contra todo lo que debia defender. Los egoismos sobresaltados y pálidos huyen del poder que no los protege, y pidiendo á las ruinas les den su última defensa, gritan cayendo á los pies del vencedor. ¡Ay de los vencidos!

¡Ah! Señores, ¿quién de vosotros al ver pasar por este cuadro una sombra de lo pasado, no ha concebido, quizás, en el seno de la prosperidad presente, algun estupor secreto? ¿qué otra cosa he hecho yo al dirigiros estas palabras mas que pronunciar con voz clara los discursos inarticulados que pronunciais dentro de vosotros mismos? Señores, en medio de las maravillas de vuestro presente y de las aspiraciones de vuestro porvenir, teneis miedo de alguna cosa; si, el miedo se une á vuestras esperanzas, y el terror está en el fondo de vuestras admiraciones. Teneis miedo, ¿y de qué? ¿En lo presente y en lo pasado os parece nada mas fuerte, que la Francia de 1856? Sois dos veces triunfadores y dos veces gloriosos, ya por los prodigios de la paz, y ya por los milagros de la guerra; colocados estais entre las conquistas hechas por vuestra espada y las creaciones de vuestro génio; teneis á la izquierda *las ruinas de Sebastopol*, y á la derecha la *Exposicion universal*, ¿y teneis miedo? ¿Cuál es la causa de ese temor al peligro en esa plenitud de recursos? ¿por qué tanto temor á la decadencia en medio de todos los entusiasmos del progreso?

¡Ah! es que habeis comprendido que el poder material sin la fuerza moral para sostenerle, no es mas que la prosperidad de los cuerpos suspendida sobre el vacío de las almas; es, que la necesidad de vivir y el instinto de la conservación, mas fuertes aun que el entusiasmo del progreso, os gritan desde luego y desde el fondo de vosotros mismos y desde el fondo de las cosas, que en el dia de los supremos peligros no podrá salvaros nada de cuanto os fascina. No os salvará la riqueza, no os salvará el capital, no os salvarán vuestras exposiciones, nos os salvará vuestro progreso material, porque

nada de cuanto produce os garantiza bastante los peligros que trae, y porque rompiendo con su exageracion y por su preponderancia el equilibrio de las fuerzas sociales, ese progreso material se arma contra vosotros, con todas las fuerzas que despliega en medio de vosotros.

Sin repudiar yo vuestras legítimas invenciones, sin anatematizar yo ese desenvolvimiento material, permitidme que os diga al concluir: Guardaos de exagerarle, guardaos de dar al progreso inferior el rango del progreso superior, guardaos de considerar al progreso de la materia como progreso del hombre. Si, guardaos de incurrir en este error, os lo pido por el amor que os profeso; porque este error es de aquellos que convierten á las sociedades mas espléndidas en Babilonias destinadas á ruinas por su propia magnificencia, y porque este error hará que nuestra prosperidad sucumba y muera, como Baltasar en medio de su embriaguez con la copa de oro en la mano.

Conferencia V.

VERDADERO PENSAMIENTO DEL CRISTIANISMO SOBRE EL PROGRESO MATERIAL.

I.

¿Cuál es el verdadero pensamiento del cristianismo con respecto al progreso material, y al desenvolvimiento de la industria? El cristianismo, desde la altura á que se eleva su mision divina, responde con una imparcialidad y justicia inalterables, diciendo sin desden y sin temor lo que aprueba y lo que condena, lo que admite y lo que rechaza en ese desenvolvimiento de la materia, que es la pasion de nuestro tiempo. Las muchedumbres ignorantes del pensamiento cristiano, abrigan una inmensa preocupacion popular preocupacion singular de que participa con el pueblo el vulgo de los sábios; y se dice: «El cristianismo es la glorificacion del espíritu y la maldicion de la materia; es la exaltacion del alma y la reprobacion del cuerpo; para

él la carne es el pecado, la materia es el mal y el progreso material la condenacion del género humano.»

Así, gracias al imperio de esta preocupacion, el cristianismo llega á ser en el pensamiento general y no sé que maniqueismo doctrinal y práctico en que la materia es anatematizada por el dogma, y el progreso material reprobado por la moral; el catolicismo, con especialidad, mirado con razon como la mas pura y mas severa espresion del cristianismo, es denunciado ante el tribunal del siglo como la oposicion doctrinal y el antagonismo práctico al desarrollo de la industria y al progreso material.

Para establecer mejor esta hostilidad cristiana contra las tendencias contemporáneas, se hace notar con una pretension de imparcialidad, que yo no discuto, una preponderancia fuertemente acusada del progreso material en los pueblos que separándose del catolicismo han disminuido en sí, por grados relativos á su separacion, la influencia del principio cristiano. De ahí se deduce prácticamente que todo lo que quiere sinceramente el progreso material, debe oponerse á los progresos del cristianismo, y especialmente del catolicismo, y que todo lo que es sinceramente cristiano y católico es enemigo nato del progreso natural á medida de su cristianismo.

¿Pero es cierto, señores, que en las sociedades modernas el progreso material está como se supone en razon inversa de su cristianismo? Esta es una cuestion de historia que yo no examino y que cada uno puede resolver sin mas que mirar á la superficie. Estableciendo la tesis que nos ocupa sobre el fondo mismo de las cosas, digo ante la autoridad que me escucha. No, el cristianismo no es la maldicion de la industria; nó, el cristianismo no anatematiza el progreso material. El cristianismo, que es la verdad y el bien, no puede roprobar lo que siendo bueno en su naturaleza y en su principio puede por sí mismo producir resultados venturosos. La industria debe ser definida no por efectos accidentales, ni por abusos

estrinsecos, sino en si misma, y de este modo nada encontrareis en ella de malo.

¿Qué es la industria? La industria en su noción mas general y mas legítima, es la victoria de la inteligencia sobre la materia, es el triunfo de nuestra actividad libre sobre la fatalidad de las leyes de la naturaleza; la industria es, en una palabra, el hombre mismo, poniendo la materia á su servicio con el auxilio de su genio, y tomando una posesion real y cada vez mas amplia de ese imperio legítimo que recibió de Dios. Dios, dice la Escritura, le dió poder sobre todas las cosas de la tierra. Cuando presentó á la humanidad ese gran imperio de la naturaleza y ese gran dominio sobre la tierra dijo Dios al hombre: «Id, llenad la tierra «y sometedla; reinad sobre las aves del «cielo, sobre los peces del mar, sobre «los animales de la tierra. Haced sentir «á los elementos, á la naturaleza á la «creacion entera el cetro soberano de la «dominacion que yo os concedo.»

Ya lo veis; el hombre ha recibido del mismo Dios el derecho de dominar la naturaleza material, y la primera página que abre á vuestras miradas la historia del cristianismo, os demuestra á la industria naciendo junto á la cuna del hombre por la influencia de una palabra de Dios.

La industria, que fué consagrada en el estado de inocencia como el derecho de Dios en el hombre, la industria despues de la caida del hombre fué impuesta como un deber, como una ley de la vida humana. La naturaleza antes de la caida no oponia á la libertad del hombre mas que la fatalidad de sus leyes, y despues de la caida, la naturaleza opone al hombre el antagonismo de sus rebeliones. El hombre revelado contra Dios siente en si mismo las sublevaciones de la naturaleza y las rebeliones de la materia; y ese imperio fácil, armonioso, y beatífico, como todo lo que se referia al hombre, y que Dios le dió en el estado de inocencia, es preciso que ahora le mantenga y le defienda á fuerza de trabajo, de fatiga y de dolor. La tierra que le abria su seno gene-

roso se cubrirá de espinas y de abrojos bajo el peso de la maldicion; el hombre no la dominará ya, sino destrozando sus propias manos, y no cogerá su pan de cada dia, sino regándola con sus sudores.

Así nació la industria humana, y especialmente esa industria demasiado despreciada en nuestros dias por una ciencia imprudente; la industria alimentadora de la humanidad, la industria secular, que abre la tierra con un surco doloroso, y secunda por el trabajo del hombre la fecundidad de la naturaleza. Así el privilegio concedido al hombre ha llegado á ser la ley de su vida, y el derecho á la industria la obligacion del trabajo. El cristianismo lejos de poner obstáculos al ejercicio de este derecho y al cumplimiento de este deber, levanta por el contrario sobre toda cabeza la verdadera bandera de la industria, y condenando la ociosidad como madre de los vicios, como una degradacion del hombre y como la ruina de las sociedades, dice al hombre: «Trabaja «hoy y trabaja mañana, rompe con tu «libertad el despotismo de la materia, re- «frena con tu actividad laboriosa las «rebeliones de la naturaleza, y estiende «de conquista en conquista ese imperio «legítimo cuyo derecho has recibido en «una bendicion de Dios.»

Tal es, señores, el derecho, tal es la ley de nuestra humanidad proclamada é impuesta por el mismo cristianismo. ¿Cómo es posible que el cristianismo hiciera una oposicion doctrinal y contuviera un antagonismo sistemático á la industria proclamada por él como un derecho y una vocacion de la humanidad? No, señores, mil veces nó; en el pensamiento cristiano la industria es el trabajo secundante de la naturaleza, multiplicando con Dios ese festin de la creacion á que la Providencia convida á todo el que tiene hambre. La industria atestigua á la vez la munificencia de Dios y la energia del hombre; la industria marca con el signo de nuestro imperio y con los vestigios de nuestro dolor esos productos de la naturaleza que la Escritura llama bienes, y que el hombre lega á su posteridad como un be-

neficio de Dios y un fruto de su trabajo.

Fuera, pues, ese maniqueísmo que maldice á la naturaleza y que lanza sobre la materia anatemas que el cristianismo no conoce. El cristianismo, lejos de maldecir vuestras conquistas, aplaude vuestros triunfos y alentándoos con Dios á tomar una posesion, cada vez mas soberana, de la tierra, os dice mirando al cielo.

«Id, continuad vuestras conquistas «progresivas sobre la materia; haced de «cada triunfo una escala para subir á un «triunfo mucho mayor.

«Id, estrechad cada dia el imperio de «las leyes fatales, el imperio creciente «de vuestra libertad; id y con el auxilio «de una industria, cada vez mas poderosa en su dominio, haced que la naturaleza venza á la naturaleza.

«Id, y si os es posible con el poder «del trabajo obligad á la tierra á que os «revele mas y mas los misterios de su «fecundidad, y que las maravillas de la «naturaleza se multipliquen por los milagros del genio.

«Id, pedid á los elementos os den «alas para volar de un cabo del mundo «al otro..... Id conducidos en sus alas «á visitar en un dia el imperio de la humanidad.»

Pero vuestro imperio se estiende mas allá de la tierra. El mar tambien es vuestro. «Id protegidos por la mirada de Dios «y armados con la fuerza que él mismo «os ha dado, id á dominar las olas, y haced que á través de los abismos los mundos se den la mano.

«Id y construid navios aun mucho «mas atrevidos; haced que vuestro imperio se pasee en ese Océano del aire, «que las aves del cielo al veros pasar por «en medio de ellas y por encima de ellas, «reconozcan al verdadero rey de los aires, «la sublimidad de vuestras ascensiones y «la impetuosidad de ese vuelo que vuestro génio ha conquistado combinando «las fuerzas de la naturaleza.

«Id, apoderaos, del rayo y haced que «caida á vuestros pies su cólera inofensiva y su poder respetuoso.

«Id y haced todo esto; yo, el cristianismo, intérprete fiel de las voluntades «divinas, yo no maldigo vuestras conquistas, las bendigo: porque sé que tarde ó temprano esas invenciones del hombre y de su industria, han de servir para la glorificacion de Dios y para el triunfo de la verdad.»

Así habla el catolicismo, señores, denunciado ante vosotros como un enemigo del progreso. Pero al deciros *id*, os dice ¡cuidado!; diciéndoos *apruebo*, tambien dice *condeno*: diciéndoos *quiero*, tambien dice *no quiero*. ¿Cómo subsisten juntos este sí y este nó? Sin contradiccion ninguna.

Id al progreso, pero cuidado con la decadencia. Apruebo las conquistas del hombre sobre la materia, pero vitupero el reinado de la materia sobre el hombre. Quiero el progreso material con su rango y su importancia gerárquica, pero no le quiero rompiendo con su exageracion el equilibrio de las cosas y la armonia de todos vuestros progresos.

El catolicismo reasume todo su pensamiento en estas tres palabras; quiero el progreso material como un medio, no le quiero como un fin; quiero que la materia sea como una esclava, no la quiero como una soberana, quiero el desarrollo de la materia como una condicion normal de la vida, no le quiero como una ambicion soberana de la vida.

La posesion de lo increado como fin, la posesion de lo creado como medio; Dios colocado como término ante el hombre y por encima del hombre; por debajo del hombre la creacion material dada á él como medio de elevarse á Dios; y en el centro el hombre mismo llevando consigo á la naturaleza para la mayor gloria de Dios; ved ahí el órden tal y como el catolicismo le proclama y tal y como le defenderá hasta el fin, con la razon filosófica, la predicacion evangélica.

Preparándose un hombre en cierto dia á la realizacion de un gran designio, solo con Dios; cara á cara con la creacion entera con los ojos elevados en el destino como en el polo de toda su vida,

escribía en un pequeño libro, que ya se ha hecho célebre, algunas palabras que reasumen la gran filosofía del cristianismo sobre la influencia de la materia en el destino del hombre y de la sociedad. Escuchad: «el hombre ha sido criado para «alabar á Dios, para reverenciarle, para «servirle y para alcanzar su salvacion «por este medio. Los demás seres colocados en la superficie de la tierra han «sido criados para el hombre mismo, su «destino es ayudarle á alcanzar el fin último de su creacion; de donde resulta «que el hombre debe usar de ellos ó abstenerse de ellos, segun que con relacion «á su fin sean medios ó sean obstáculos.»

Ciertamente, señores, son bien sencillas estas palabras. Me parece que nada puede decirse que sea mas vulgar, y sin embargo, no hay ni una filosofía mas profunda ni una doctrina mas eficaz sobre el destino del hombre y la creacion. Ese hombre al escribir estas palabras, hacia una cosa mas grande de la que él pensaba; asignaba á la materia en la economía de la creacion; su valor gerárquico y su vocacion providencial; y en estas pocas palabras escritas en el frontispicio de su libro, daba á la vez la fórmula de la perfeccion humana y la fórmula de la armonía social.

¿Queréis saber, quién es el hombre que en tan pocas palabras os ha legado una filosofía tan completa del hombre y de la sociedad? ¡Ah! Señores, esta vez vais á recibir la leccion de donde menos la esperais. No exijais de un hijo que oculte el nombre de su padre. Estas palabras son de Ignacio de Loyola, Ignacio de Loyola que con tan grandes y sencillas palabras abria la carrera viril de sus ejercicios.

Ved ahí, señores, la actitud armoniosa y verdaderamente progresiva que el cristianismo os manda tomar en presencia de la materia. El cristianismo, espiritualismo el mas puro, el mas austero y el mas divinamente moderado que se ha enseñado á los hombres, el cristianismo grita con su doctrina y con su moral.

«Reyes de la creacion, soberános de la «materia, reconoced con la dignidad que «os concedo el deber que os impongo. «La materia es una esclava y solo debe «obedeceros, dominad la materia, pero «cuidad de que la materia no os domine; «la materia es un medio no un fin; que «la materia os sirva de auxilio y no de «obstáculo. Pero si sustituís el medio al «fin, si ponéis á la sierva en el lugar de «la señora, si abdicando voluntariamente «el dominio que os concedo, arrojais á «las orgías de la materia el cetro del espíritu, yo os declaro decaídos de vuestra grandeza y de vuestra soberanía; y así á fuerza de ensanchar en medio de «vosotros las funciones de la materia, «allegais á otorgarla una dominacion que «os degrade, en este caso yo os condeno «en nombre de Dios y si tal fuera la última «palabra de lo que llamais el progreso «material, yo el cristianismo, fiel á las «tradiciones de mi Calvario y á mi enseñanza de diez y ocho siglos, yo, que «soy ahora lo que siempre fui, yo os «gritaré mirando al cielo y á la eternidad. «¡Anatema al progreso material! Yo no «acepto en la sociedad la soberanía, de «la materia, ni acepto en el hombre la «soberanía del cuerpo. Yo soy la eternidad, yo condeno, yo rechazo la disipacion social, como rechazo y condeno «la disipacion individual; ¡ah! no lo olvidéis, la disipacion, la disipacion suprema es en las sociedades, como en los «hombres, el imperio de la materia sobre el espíritu, es el despotismo de «vuestros cuerpos sobre la magestad de «vuestras almas.»

Así habla el cristianismo que descendió del cielo y parte del Calvario. Levantando á su legítima altura las aspiraciones sin limites que tan facilmente dejais caer sobre la materia, os grita hace ya diez y ocho siglos, por la voz de su divino fundador. «Buscad el reino de Dios en el «hombre; y el reino del hombre sobre «la materia será por sí mismo lo que debe «ser, sin que nada se corrompa y para «que todo se salve.» Palabra la mas social que se ha pronunciado y que los

pueblos jamás olvidarán so pena de caer en catástrofes que demuestren con fúnebre claridad lo que es buscar la dicha en el desórden y la prosperidad lejos del cielo y de Dios. Tal es la grande é inmortal filosofía del cristianismo sobre la influencia de la materia y de la industria en el destino humano y en la armonía social; tal es, ante el desarrollo material, su aprobacion y su reprobacion, sus simpatías y su repulsas, sus sufragios y sus anatemas.

Lo que aprueba y lo que aplaude es la materia *medio*, es la materia *instrumento*, es la materia *esclava*; lo que condena y lo que rechaza es la materia *fin*, es la materia *soberana* y como ambicion principal de la vida.

¿No es esto claro, señores? Yo no puedo hacer mas que discursos y quisiera hacer libros; tanto miedo tengo de que despues de haberme escuchado no me comprendais; pues bien, nosotros aprobamos lo que el cristianismo aprueba, nosotros condenamos lo que el cristianismo condena, nosotros celebramos con nuestros aplausos lo que apoya con sus votos, nosotros herimos con nuestros vituperios y vuestras reprobaciones lo que hiera con sus anatemas. Esto es aplaudir vuestros progresos, esto es, en verdad, probar vuestras decadencias.

¿Qué es, pues lo que nos echais en cara? ¿qué es lo que reprendeis en nosotros, en nosotros, católicos antes que todo? ¿Es acaso que lanzamos á la carne castigos inmerecidos? ¿Es que exigimos á la materia presente ante el espíritu sus títulos de nobleza para que descienda á su legitima naturaleza? Eso sería lo mismo que echarnos en cara vuestra propia salvacion. Jamás, jamás abdicaremos, por daros gusto; con la austeridad del espiritualismo cristiano, la única doctrina capaz de salvaros.

¿Qué exijís de nosotros? ¿Queréis que vayamos en pos del progreso material como hácia un fin y á una soberanía suprema? Eso sería exigirnos que contribuiríamos á vuestra propia ruina. Nó, nó; para conquistar la popularidad de un dia,

no consentiremos en dar el soplo de nuestras almas á un error anti-social que bastaria á perderos para siempre.

¡ Ah! pedidnos para el desarrollo del progreso material una cooperacion compatible con la dignidad de vuestras almas y con la salud de las sociedades; pedidnos esfuerzos valerosos para realizar juntos, cada uno á su modo y en su puesto, lo que yo os he mostrado como el gran ideal del progreso armónico, es decir, el progreso material siguiendo con inferioridad respetuosa al progreso de las almas y de los espíritus, y hénos aquí, hénos aquí prontos á dar á todo lo que es legitimo y saludable una cooperacion tan generosa como leal.

Ahora, despues de haberos dicho cual es el verdadero pensamiento del cristianismo sobre el progreso material, quiero deciros con igual franqueza cuál debe ser en este punto la posicion y la vocacion de los cristianos.

Apoyados en el terreno firme de la doctrina que acabamos de establecer, fácil nos será concluir del pensamiento cristiano á la accion cristiana, y decir resueltamente, cualquiera que sea en este punto la tirania de la opinion, cuál debe ser la verdadera actitud del mundo católico ante el movimiento de la industria y del progreso material.

Para comprender bien cuál es aquí la mision contemporánea de los cristianos, segun el espíritu de Dios, es necesario reconocer el inmenso puesto que la industria ha tomado en la sociedad actual, y el poder prodigioso que comunica á los que tienen en su mano esa palanca poderosa del mundo moderno.

El dominio de la industria en el mundo moderno, es un hecho que como el sol se sustrae á toda discusion. La industria está delante de vosotros, se levanta al Oriente y al Occidente, al Septentrion y al Mediodia, y como todo gran poder, se levanta orgullosa y dominadora. Enseñando en sus manos los instrumentos fecundos de la actividad humana, ostenta los milagros de su génio con una magnificencia que no se conocia, y dice á los

pueblos que la contemplan: «aquí estoy, yo soy la reina del mundo, y los pueblos son míos.»

Lo que principalmente debe preocuparnos á vista de este hecho, no es la grandeza colosal de sus proporciones materiales, es, sobre todo, la estension de su influencia moral y la medida incalculable de su importancia social.

Efectivamente, la industria, que tanto poder ejerce sobre los cuerpos, tiene sobre las almas, aun sin pensar en ello, un poder mucho mayor. Propaga ideas y forma costumbres en mayor proporcion que elabora productos. Todo gran industrial quiera, que nó, es un gran propagador por la fuerza misma de las cosas; es rey en el taller, y su pensamiento personal, mucho mas que su fortuna, tiene en él una influencia soberana. El taller es para él un pequeño imperio en que un pequeño pueblo marcha y se agita por la fuerza de las ideas que le inspira. Si quereis saber dónde se encuentra en nuestros dias el apostolado mas eficaz, yo os lo diré. No está ni en el foro, ni en las academias, ni en los templos. ¿Dónde está, pues? Está en el fondo del taller, allí donde el dueño, ó el maestro, ó el director, ó el encargado es á la vez rey, sacerdote, profesor y predicador del obrero.

De ahí procede esa influencia tan grande de la industria y cuyo resultado social solo puede reveiarnos el porvenir. Las poblaciones obreras en cuerpo y alma están en su mano. La industria tiene á las almas cautivas en la soledad de los cuerpos, y las ata á sí con lazos de hierro que sus esclavos muerden algunas veces, pero que no romperán sin morir. Así reciben esas poblaciones de los principios de la industria una influencia moral de la que no pueden sustraer á sus almas, como no puede sustraerse su pecho de la atmósfera que respira en los talleres ó en los subterráneos en que la industria tiene á sus cuerpos encorbados sobre la

materia.

La industria tan poderosa en el interior por el hecho de la produccion, no lo es menos en el exterior por el hecho de la

esportacion. Los navíos que carga con su superabundancia material, no solo llevan á países lejanos los productos de la materia, llevan las ideas en el alma de sus pilotos; y este hecho, ya tan gigantesco en nuestros dias, va á tomar por la importancia siempre creciente de las relaciones marítimas proporciones mucho mas grandes. ¿No veis de dia en dia como se desborda en vuestras riberas la influencia con la riqueza? ¿No comprendéis, al ver el movimiento que se realiza en las cosas, que habiendo llegado á ser el mar cada vez mas, la morada del hombre, llegará á ser de dia en dia el teatro en que se van á resolver los destinos del mundo? Vuestros navíos son hoy ciudades flotantes que empujadas por el viento van á llevar bajo todos los cielos la vida ó la muerte, el bien ó el mal, la verdad ó el error. Vuestros comerciantes son conquistadores, vuestros conquistadores apóstoles, y sus palabras, aun mucho mas que sus cañones y sus ideas, aun mucho mas que sus riquezas y sus costumbres, aun mucho mas que sus triunfos, ejercen en todas partes una influencia desmedida, cuyo instrumento, cuyo medio, cuyo resorte y cuyo impulso es principalmente la industria.

Esta es la marcha del mundo: ¿dónde debe terminar? yo lo ignoro. Dios que convoca á todos los tiempos bajo su mirada eterna, y coordina todas las agitaciones de los pueblos con relacion á la eternidad de sus designios, Dios solo vé el porvenir y El solo sabe adonde nos conduce este movimiento universal. Pero segun toda prevision humana, ese movimiento no se detendrá, al menos, tan pronto, crecerá mas y mas, y traerá consigo un resultado inmenso, y si no alcanza los grandes triunfos de la verdad, alcanzará infaliblemente las grandes catástrofes de la sociedad.

(Se concluirá.)

TOLEDO.

IMPRENTA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,
CALLE ANCHA NUM. 34.